

su voluntad; para nuestras almas comunes hay en este modo de obrar rudeza y violencia extremadas. Catón abandonó la más noble vida que jamás haya existido; á nosotros, seres pequeñísimos, nos precisa huir la tormenta de más lejos. Es necesario proveer al sentimiento, no á la paciencia, y esquivar los golpes de que no sabríamos defendernos. Viendo Zenón acercársele Cremónides, joven á quien amaba, para sentarse junto á él, se levantó de repente; y como Cleanto le preguntara la razón de tan súbito movimiento: «Entiendo, dijo, que los médicos aconsejan principalmente el reposo y prohíben la irritación de todas las inflamaciones.» Sócrates no dice: «No os rindáis ante los atractivos de la belleza, sino hacedla frente; esforzaos en sentido contrario.» «Huidla, es lo que aconseja, y correr lejos de su encuentro cual de un veneno activo que se lanza y hiere de lejos.» Y su buen discípulo, simulando ó recitando, á mi entender más bien recitando que simulando, las raras perfecciones de aquel gran Ciro, le hace desconfiado de sus fuerzas en el resistir los atractivos de la belleza divina de aquella ilustre Pantea, su cautiva, encomendando la visita y custodia á otros que tuvieran menos libertad que él. Y el Espíritu Santo mismo, dice *ne nos inducas in tentationem*<sup>1</sup>; con lo cual no solamente rogamos que nuestra razón no se vea combatida y avasallada por la concupiscencia, sino que ni siquiera sea tentada; que no seamos llevados donde ni siquiera tengamos que tocar las cercanías, sollicitaciones y tentaciones del pecado. Suplicamos á Nuestro Señor que mantenga nuestra conciencia tranquila, plena y cabalmente libre del comercio del mal.

Los que dicen dominar su razón vindicativa ó algún otro género de pasión penosa, á veces se expresan como en realidad las cosas son, mas no como acontecieron; nos hablan cuando las causas de su error se encuentran ya fortificadas y adelantadas por ellos mismos; pero retroceded un poco, llevad de nuevo las causas á su principio, y entonces los cogereis desprevenidos. ¿Quieren que su delito sea menor como más antiguo, y que de un comienzo injusto la continuación sea justa? Quien como yo desee el bien de su país sin ulcerarse ni adelgazarse, se entristecerá, mas no se desesperará, viéndole amenazado de ruina ó de una vida no menos desdichada que la ruina; ¡pobre nave, á quien «las olas, los vientos y el piloto impelen á tan encontrados movimientos»!

In tam diversa, magister,  
Ventus, et unda, trahunt<sup>2</sup>.

Quien por el favor de los príncipes no suspira como por aquello que para su existencia es esencial, no se cura gran

1. No nos induzcas á tentación.

2. Montaigne traduce estas palabras antes de citarlas.

cosa de la frialdad que en su acogida dispensan, de su semblante ni de la inconstancia de su voluntad. Quien no incuba á sus hijos ó sus honores con propensión esclava, no deja de vivir sosegadamente después de la pérdida de ambas cosas. Quien principalmente obra bien movido por su propia satisfacción, apenas si se inmuta viendo á los demás juzgar torcidamente sus acciones. Un cuarto de onza de paciencia remedia tales inconvenientes. A mí me va bien con esta receta, librándome en los comienzos de la mejor manera que me es dable, y reconozco haberme apartado por este medio de muchos trabajos y dificultades. A costa de poco esfuerzo detengo el movimiento primero de mis emociones y abandono el objeto, que comienza á abrumarme antes de que me arrastre. Quien no detiene el partir es incapaz de parar la carrera; quien no sabe cerrarlos la puerta no los expulsará ya dentro; y quien no puede acabar con ellos en los comienzos, tampoco acabará con el fin, ni resistirá la caída quien no acertó á sostener las agitaciones primeras: *etenim ipsæ se impellunt, ubi semel a ratione discessum est; ipsaque sibi imbecillitas indulget, in altumque provehitur imprudens, nec reperit locum consistendi*<sup>1</sup>. Yo advierto á tiempo los vientos ligeros que me vienen á tocar y á zumbiar en el interior, precursores de la tormenta:

Ceu flamina prima  
Quum deprensa fremunt silvis, et cæca volutant  
Murmura, venturos nautis prodentia ventos<sup>2</sup>.

¿Cuántas veces no me hice yo una evidentísima injusticia por huir el riesgo de recibirlas todavía peores de los jueces, en un siglo de pesares, y de asquerosas y viles prácticas, más enemigos de mi natural que el fuego y el tormento? *Convenit a litibus, quantum licet, et nescio an paulo plus etiam, quam licet, abhorrentem esse: est enim non modo liberale, paululum nonnunquam de suo jure decedere, sed interdum etiam fructuosum*<sup>3</sup>. Si fuéramos cuerdos, deberíamos regocijarnos y alabarnos, como vi hacerlo con toda ingenuidad á un niño de casa grande, quien se mostraba alegre ante todos porque su madre acababa de perder un proceso como si hubiera perdido su tos, su fiebre ó cualquiera otra cosa importuna de guardar. Los favores mismos que el acaso pudiera haberme concedido, merced á relaciones y parentescos con personas que dis-

1. Pues ellas mismas se atropellan una vez que se apartaron de la razón; la necesidad es indulgente consigo misma y se remonta imprudentemente á las alturas sin hallar medio de retenerse. CICERÓN, *Tusc. Quest.*, IV, 18.

2. Así, cuando las primeras corrientes de aire sosegadas gimen en las selvas y nacen apagados murmullos, presagian á los navegantes los vientos que han de venir. VIRGILIO, *Eneida*, X, 97.

3. En los litigios conviene ser transigente en cuanto sea lícito, y aun estoy por decir un poco más allá; pues el que un ceda de su derecho á veces no es sólo liberal sino también ventajoso. CICERÓN, *de Officiis*, II, 18.

ponen de autoridad soberana en esas cosas de justicia, hice cuanto pude, según mi conciencia, por huir de emplear los en perjuicio ajeno, y por no hacer subir mis derechos por cima de su justo valor. En fin, tanto hice por mis días (en buena hora lo diga), que hêteme aquí todavía virgen de procesos, los cuales no dejaron de convidarse muchas veces á mi servicio, y con razón, si mi oído hubiera consentido halagarse; virgen también de querellas, sin inferir ofensas graves, y sin haberlas recibido, mi vida se deslizó ya casi larga sin malquerencia alguna. ¡Singular privilegio del cielo!

Nuestras mayores agitaciones obedecen á causas y resortes ridículos: ¡cuántos trastornos no experimentó nuestro último duque de Borgoña por la contienda de una carretada de pieles de carnero!<sup>1</sup> Y el grabado de un sello, ¿no fué la primera y principal causa del más terrible hundimiento que esta máquina del universo haya jamás soportado? pues Pompeyo y César no son sino los vástagos y la natural continuación de los dos otros. En mi tiempo vi á las mejores organizadas cabezas de este reino, congregadas con grave ceremonia y á costa del erario, para tratados y acuerdos, de los cuales la verdadera decisión pendía, con soberanía cabal, del gabinete de las damas y de la inclinación de alguna mujercilla. Los poetas abundaron en este parecer al poner la Grecia contra el Asia á sangre y fuego por una manzana. Haceos cargo de la razón que mueve á algunos para exponer su honor y su vida con su espada y su puñal en la mano; que os diga de dónde emana la razón del debate que le desquicia, y no podrá hacerlo sin enrojecer: ¡de tal suerte la ocasión es insignificante y frívola!

En los comienzos precisa sólo para detenerse un poco de juicio; pero luego que os embarcasteis, todas las cuerdas os arrastran. Hay necesidad de grandes provisiones de cautela, mucho más importantes y difíciles de poseer. ¡Cuánto más fácil es dejar de entrar que salir! Ahora bien, es necesario proceder de modo contrario á como crece el rosal, que produce en los comienzos un tallo largo y derecho, pero luego, cual si languideciera y de alientos estuviera exhausto, engendra nudos frecuentes y espesos, como otras tantas pausas que muestran la falta de la constancia y vigor primeros: hay más bien que comenzar sosegada y friamente, guardando los alientos y vigorosos ímpetus para el fuerte y perfección de la tarea. Guiamos los negocios en los comienzos y los tenemos á nuestro albedrío, más después, cuando se pusieron en movimiento, ellos son los que nos guían y arrastran, forzándonos á que los sigamos.

Todo lo cual no quiere decir, sin embargo, que ese pre-

1. Véanse las *Memorias de Felipe de Comines*, libro V, cap. 1. C.

cepto haya servido á descargarme de toda dificultad, sin experimentar, á las veces, dolor al sujetar y domar mis pasiones. Estas no se gobiernan siempre conforme las circunstancias lo exigen, y hasta sus principios mismos son rudos y violentos. Mas de todas suertes se alcanza economía y provecho, salvo aquellos que en el bien obrar no se contentan con ningún fruto cuando la reputación les falta, pues á la verdad semejante efecto saludable no es visible sino para cada uno en su fuero interno; con él os sentís más contentos, pero no alcanzáis estimación mayor, habiéndoos corregido antes de entrar en la danza y antes de que la cosa apareciera á la superficie. Mas de todos modos, no solamente en este particular, sino en todos los demás deberes de la vida, la senda de los que miran al honores muy diversa de la que siguen los que tienden á la razón y al orden. Muchos veo que furiosa é inconsideradamente se arrojan en la liza, y que luego van con lentitud en la carrera. Como Plutarco afirma de aquellos que, por vergüenza, son blandos y fáciles en otorgar cuanto se les pide, quienes después son también fáciles en faltar á su palabra y en desdecirse, análogamente acontece que quien entra ligeramente en la contienda, está abocado á salir también ligeramente. La misma dificultad que me guarda de comenzarla, incitárame á mantenerme en ella firme una vez en movimiento y animado. Aquél es un erróneo modo de proceder. Una vez que se metió uno dentro, hay que seguir ó reventar. «Empreded friamente, decía Bias, mas proseguid con ardor.» La falta de prudencia trae consigo la de ánimo, que es todavía menos soportable.

En el día, casi todas las reconciliaciones que siguen á nuestras contiendas, son vergonzosas y embusteras: lo que buscamos es cubrir las apariencias, mientras ocultamos y negamos nuestras intenciones verdaderas; ponemos en revoque á los hechos. Nosotros sabemos cómo nos hemos expresado y en qué sentido, los asistentes lo saben también, y nuestros amigos, á quienes tuvimos por conveniente hacer sentir nuestra ventaja: mas á expensas de nuestra franqueza y del honor de nuestro ánimo desautorizamos nuestro pensamiento, buscando subterfugios en la falsedad para ponernos de acuerdo. Nos desmentimos á nosotros mismos para salvar el desmentir que á otro procuramos. No hay que considerar si á vuestra acción ó á vuestra palabra pueden haber interpretaciones distintas; es vuestra interpretación verdadera y sincera la que precisa en adelante mantener, cuésteos lo que os cueste. Si habla entonces á vuestra virtud y á vuestra conciencia, que no son prendas de disfraz: dejemos estos viles procedimientos y miserables expedientes al ardid de los procuradores. Las excusas y reparaciones que veo todos los días poner en práctica, á fin de juzgar la indiscreción, me parecen más feas que la indis-

creción misma. Valdría mejor ofenderle aun más, que ofenderse á sí mismo haciendo tal enmienda ante su adversario. Le desafiasteis y conmovisteis su cólera, y luego vais apaciguándole, y adulándole á sangre fría y sentido reposado. Ningún decir encuentro tan vicioso para un gentil-hombre como el desdecirse; me parece vergonzoso cuando por autoridad se le arranca, tanto más cuanto que la obstinación le es más excusable que la pusilanimidad. Las pasiones no son tan fáciles de evitar como difíciles de moderar: *excinduntur facilius animo, quam temperantur*<sup>1</sup>. Quien no puede alcanzar esta noble impassibilidad estoica que se guardezca en el regazo de mi vulgar impassibilidad; lo que aquellos practicaban por virtud, me habitué yo á hacerlo por complexión. La región media de la humanidad alberga las tormentas: las dos extremas (hombres filósofos y hombres rurales) concuerdan en tranquilidad y en dicha:

Felix, qui potuit rerum cognoscere causas,  
Atque metus omnes et inexorabile fatum  
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari!  
Fortunatus et ille, deos qui novit agrestes  
Panaque, Silvanumque senem, Nymphasque sorores<sup>2</sup>!

De todas las cosas los orígenes son débiles y entecos: por eso hay que tener muy abiertos los ojos en los preliminares, pues como entonces en su pequeñez no se descubre el peligro, cuando éste crece tampoco se echa de ver el remedio. Yo hubiera encontrado un millón de contrariedades cada día más difíciles de digerir, en la carrera de mi ambición, que difícil me fué detener la indicación natural que á ella me llevaba:

Jure perhorruí  
Late conspicuum tollere verticem<sup>3</sup>.

Todas las acciones públicas están sujetas á interpretaciones inciertas y diversas, pues son muchas las cabezas que las juzgan. Algunos dicen de mis acciones de esta clase (y me satisface escribir una palabra sobre ello, no por lo que valer pueda, sino para que sirva de muestra á mis costumbres en tales cosas), que me conduje como hombre fácil de conmovér, y que fué lánguida mi afección al cargo. No se apartan mucho de la verdad. Yo procuro mantener mi alma en sosiego, lo mismo que mis pensamientos, *quum semper natura, tum etiam ætate jam quietus*<sup>4</sup>; y si am-

1. Mejor se las arranca del alma que no se las sujeta.  
2. ¡ Dichoso quien sabe conocer la esencia de las cosas y huella con sus pies las flaquezas humanas, la fatalidad inexorable y los terrores de la muerte! ¡ Feliz quien conoce á los dioses venturosos de los campos, á Paris, al viejo Sileno y á las ninfas hermanas! VIRGILIO, *Georg.*, II, 490.  
3. Con razón temí siempre ponerme en un lugar donde se fijaran en mí las miradas de los hombres. HORACIO, *Od.*, III, 16, 18.  
4. Pacífico por naturaleza, y ahora también por mis años. Q. CICERÓN, *de P. Consulat.*, c. 2.

bas cosas se trastornan á veces ante alguna impresión ruda y penetrante, es en verdad á pesar mio. De semejante languidez natural no debe, sin embargo, sacarse ninguna consecuencia de debilidad (pues falta de cuidado y falta de sentido son dos cosas diferentes), y menos aún de desconocimiento é ingratitud hacia ese pueblo que empleó cuantos medios estuvieron en su mano para gratificarme antes y después de haberme conocido. E hizo por mí más todavía reeligiéndome para el cargo, que otorgándomelo por vez primera. Tan bien le quiero cuanto es dable, y en verdad digo, que si la ocasión se hubiera presentado todo lo hubiese arriesgado en su servicio. Tantos cuidados me impuse por él como por mí mismo. Es un buen pueblo guerrero y generoso, capaz, sin embargo, de obediencia y disciplina y de servir á las buenas acciones si es bien conducido. Dicen también que en el desempeño de este empleo pasé sin que dejara traza ni huella: ¡buena es ésa! Se acusa mi pasividad en una época en que casi todo el mundo estaba convencido de hacer demasiado. Yo soy ardiente y vivo donde la voluntad me arrastra, pero este carácter es enemigo de perseverancia. Quien de mí quiera servirse según mi peculiar naturaleza, que me procure negocios que precisen la libertad y el vigor, cuyo manejo sea derecho y corto, y aun expuesto á riesgos; en ellos podré hacer algo de provecho: cuando la voluntad que solicitan es dilatada, sutil, laboriosa, artificial y torcida, mejor hará dirigiéndose á otro. No todos los cargos son de difícil desempeño: yo me encontraba preparado á atarearme algo más rudamente, si necesidad hubiera habido, pues en mi poder reside hacer algo más de lo que hago y que no es de mi gusto. A mi juicio, no dejé, que yo sepa, nada por realizar que mi deber me impusiera, y fácilmente olvidé aquellos otros que la ambición confunde con el deber y con su título encubre; éstos son, sin embargo, los que con mayor frecuencia llenan los ojos y los oídos, y los que á los hombres contentan. No la cosa, sino la apariencia los paga. Cuando no oyen ruido les parece que se duerme. Mis humores son contrarios á los que gustan del estrépito: reprimiría bien un alboroto con toda calma, lo mismo que castigaría un desorden sin alterarme. ¿Tengo necesidad de cólera y de ardor? Pues los tomo á préstamo, y con ellos me disfrazo. Mis costumbres son blandas, más bien insípidas que rudas. Yo no acuso al magistrado que dormita, siempre y cuando que quienes de su autoridad dependen dormiten á su vez, porque entonces las leyes duermen también. Por lo que á mí toca, alabo la vida que se desliza obscura y muda: *neque submissam et abjectam, neque se efferentem*<sup>1</sup>, mi destino así la quiere. Desciendo de una familia que vivió sin brillo ni tumulto, y de muy antiguo

1. Ni sumisa, ni abyecta, ni tampoco presuntuosa. CICERÓN, *de Officiis*, I, 34.

particularmente ambiciosa de hombría de bien. Nuestros hombres están tan hechos á la agitación ostentosa, que la bondad, la moderación, la igualdad, la constancia y otras cualidades tranquilas y oscuras no se advierten ya; los cuerpos ásperos se advierten, los lisos se manejan imperceptiblemente; siéntese la enfermedad, la salud poco ó casi nada, ni las cosas que nos untan comparadas con las que nos punzan. Es obrar para su reputación y particular provecho, no en pro del bien, el hacer en la plaza pública lo que puede practicarse en la cámara del consejo; y en pleno medio día lo que se hubiera hecho bien la noche precedente; y mostrarse celoso por cumplir uno mismo lo que el compañero ejecuta con perfección igual así hacían algunos cirujanos de Grecia al aire libre las operaciones de su arte, puestos en tablados y á la vista de los pasantes, para alcanzar mayor reputación y clientela. Juzgan los que de tal modo obran, que los buenos reglamentos no pueden entenderse sino al son de la trompeta. La ambición no es vicio de gentes baladíes, capaces de esfuerzos tan mínimos como los nuestros. Decíase á Alejandro: «Vuestro padre os dejará una dominación extensa, fácil y pacífica»; este muchacho sentíase envidioso de las victorias de Filipo y de la justicia de su gobierno, y no hubiera querido gozar el imperio del mundo blanda y sosedadamente. Alcibiades en Platón prefiere más bien morir joven, hermoso, rico, noble y sabio, todo ello por excelencia, que detenerse siempre en el estado de esta condición: enfermedad es acaso excusable en un alma tan fuerte y tan llena. Pues cuando esas almitas enanas y raquiticas se van embaucando y piensan esparcir su nombre por haber juzgado á derechas de una cuestión, ó relevado la guardia de las puertas de una ciudad, muestran tanto más el trasero cuanto esperan levantar la cabeza. Este menudo bien obrar carece de cuerpo y de vida; va desvaneciéndose en la primera boca, y no se pasea sino de esquina á esquina: hablad de estas vuestras grandezas á vuestro hijo ó á vuestro criado, como aquel antiguo, que no teniendo otro oyente de sus hazañas, ni mayor testigo de su mérito se alababa ante su criada, exclamando: «¡Oh Petri-lla, cuán galante y de talento es el hombre que tienes como amo!» Hablad con vosotros mismos, en última instancia, como cierto consejero de mi conocimiento, el cual, habiendo en una ocasión desembuchado una carretada de párrafos con no poco esfuerzo y de nulidad semejante, como se retirara de la cámara del consejo al urinario del palacio se le oyó refunfuñar entre dientes, de manera concienzuda: *Non nobis, Domine, non nobis; sed nominis tui da gloriam*<sup>1</sup>. El que no de otro modo con su dinero se

1. No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da gloria. *Salm.* 113, v. 1.

paga. La fama no se prostituye á tan vil precio: las acciones raras y ejemplares que la engendran no soportarian la compañía de esta multitud innumerable de acciones insignificantes y diarias. Elevará el mármol vuestros títulos cuanto os plazca por haber hecho reparar un lienzo de muralla ó saneado las alcantarillas de vuestra calle, mas no los hombres de buen sentido por tan nimia causa. La voz de la fama no acompaña á la bondad, si los obstáculos y la singularidad no la siguen: ni siquiera á la simple estimación es acreedor todo acto que la virtud engendra, según los estoicos; y tampoco quieren que en consideración se tenga á quien por templanza se abstiene de una vieja legañosa. Los que conocieron las admirables cualidades de Escipión el Africano rechazan la gloria que Panecio le atribuye de haber sido abstinentes en dones, considerándola no tan suya como pertinente á todo su siglo. Cada cual posee las voluptuosidades al nivel de su fortuna; las nuestras son más naturales, y tanto más sólidas y seguras, cuanto son más bajas. Ya que por conciencia no nos sea dable, al menos por ambición desechemos esta cualidad: menospreciemos esta hambre de nombradía y honor, miserable y vergonzosa, que nos los hace mendigar de toda suerte de gentes (*quæ est ista laus, quæ possit e macello peti*<sup>1</sup>) por medios abyectos y á cualquier precio, por vil que sea: es deshonrarnos el ser honrados de este modo. Aprendamos á no ser más ávidos que capaces somos de gloria. Inflarse de toda acción útil é inocente, cosa es peculiar de aquellos para quienes es extraordinaria y rara: quieren que les sea pasada en cuenta por el precio que les cuesta. A medida que un buen efecto es más sonado, rebajo yo de su bondad la sospecha en que caigo de que sea más bien producto del ruido que de la virtud; así puesto en evidencia, está ya vendido á medias. Aquellas acciones son más meritorias que escapan de la mano del obrero descuidadamente y sin aparato, las cuales un hombre cumplido señala luego sacándolas de la obscuridad para iluminarlas á causa de su valer. *Mihi quidem laudabiliora videntur omnia, quæ sine venditione et sine populo teste fiunt*<sup>2</sup>, dice el hombre más glorioso del mundo.

El deber de mi cargo consistía únicamente en conservar y mantener las cosas en el estado en que las encontrara, que son efectos sordos é insensibles: la innovación lo es de gran lustre, pero está prohibida en estos tiempos en que vivimos deprisa, y de nada tenemos que defendernos si no es de las novedades. La abstinencia en el obrar

1. ¿Qué alabanza es ésta que puede comprarse en el mercado? Cicerón, de *Finibus bon. et mal.*, II, 15.

2. A mi me parecen las cosas mucho más laudables cuando son hechas sin aparato y sin que el pueblo sea testigo. Cicerón, *Tusc. Quæst.*, II, 26.

es á veces tan generosa como el obrar mismo, pero es menos brillante, y esto poco que yo valgo es casi todo de esta especie. En suma, las ocasiones en mi cargo estuvieron con mi complexión en armonía, por lo cual las estoy muy reconocido: ¿hay alguien que desee caer enfermo para ver á su médico atareado? ¿Y no sería necesario azotar al galeno que nos deseara la peste para poner en práctica su arte? Yo no he sentido ese humor injusto, pero asaz común, de desear que los trastornos y el mal estado de los negocios de esa ciudad realzaran y honraran mi gobierno, sino que presté de buen grado mis hombros para su facilidad y bienandanza. Quien no quiera agradecerme el orden de la tranquilidad dulce y muda que acompañó á mi conducta, al menos no puede privarme de la parte que me pertenece á título de buena estrella. Estoy yo de tal suerte constituido, que gusto tanto ser dichoso como cuerdo, y deber mi buena fortuna puramente á la gracia de Dios que al intermedio de mis actos. Había terminantemente, con abundancia sobrada, echado á volar ante el mundo mi incapacidad en tales públicos manejos, y lo peor todavía es que esta insuficiencia apenas me contraría, y no busco siquiera el medio de curarla, visto el camino que á mi vida he asignado. Tampoco en este negocio á mí mismo me procuré satisfacción, pero llegué con escasa diferencia á realizar mis propósitos, y así sobrepujé con mucho lo prometido á las personas con quienes tenía que habérmelas, pues ofrecí de buen grado un poco menos de aquello que espero y puedo cumplir. Estoy seguro de no haber dejado ofendidos ni rencorosos: en cuanto á sentimiento y deseo de mi persona, por lo menos bien asegurado estoy de que tal no fué mi propósito:

Mene huic confidere monstro!  
Mene salis placidi vultum, fluctusque quietos  
Ignorare!<sup>1</sup>

## CAPÍTULO XI

### DE LOS COJOS

Hace dos ó tres años que se acorta en diez días el año en Francia. ¡Cuántos cambios seguirán á esta reforma! Esto ha sido, en verdad, remover el cielo y la tierra juntamente. Sin embargo, nada se mueve de su lugar; para mis vecinos es la misma la hora de la siembra y la de la cosecha; el momento oportuno de sus negocios, los días aciagos y propicios, encuéntranlos en el mismo lugar donde los ha-

1. ¡No me confiaré yo á este monstruo! ¡Cómo ignorar lo que esconde la apariencia de este mar apacible y de estas olas reposadas! VIRGILIO, *Eneid.*, V, 849.

llaron en todo tiempo: ni el error se echaba de ver en nuestros usos, ni la enmienda tampoco se descubre. ¡Á tal punto nuestra incertidumbre lo envuelve todo, y tanto nuestra percepción es grosera, oscura y obtusa! Dicen que este ordenamiento podía arreglarse de una manera menos difícil, sustrayendo, á imitación de Augusto, durante algunos años, un día de los bisiestos, el cual, así como así, viene á ser cosa de obstáculo y trastorno, hasta que se hubiera llegado á satisfacer exactamente esa deuda, lo cual ni siquiera se hace con la corrección gregoriana, pues permanecemos aún atrasados en algunos días. Si por un medio semejante se pudiera proveer á lo porvenir ordenando que al cabo de la revolución de tal número de años aquel día extraordinario fuese siempre suprimido, con ello nuestro error no podría exceder en adelante de veinticuatro horas. No tenemos otra cuenta del tiempo si no es los años; ¡hace tantos siglos que el mundo los emplea! y, sin embargo, todavía no hemos acabado de fijarla, de tal suerte que dudamos á diario de la forma que las demás naciones diversamente los dieron y cuál en ellas era su uso. ¿Y que pensar de lo que algunos opinan sobre que los cielos se comprimen hacia nosotros envejeciendo, lanzándonos en la incertidumbre hasta de horas, días y meses? Es lo que Plutarco dice, que todavía en su época la astrología no había acertado á determinar los movimientos de la luna. ¡Nuestra situación es linda para tener registro de las cosas pasadas!

Pensando en lo precedente fantaseaba yo, como de ordinario acostumbro, cuánto la humana razón es un instrumento libre y vago. Comúnmente veo que los hombres, en los hechos que se les proponen, se entretienen de mejor grado en buscar la razón que la verdad. Pasan por cima de aquello que se presupone, pero examinan curiosamente las consecuencias: dejan las cosas, y corren á las causas. ¡Graciosos charlatanes! El conocimiento de las causas toca solamente á quien gobierna las cosas, no á nosotros, que no hacemos sino experimentarlas, y que disponemos de su uso perfectamente cabal y cumplido, conforme á nuestras necesidades, sin penetrar su origen y esencia; ni siquiera el vino es más grato á quien conoce de él los principios primeros. Por el contrario, así el cuerpo como el espíritu interrumpen y alteran el derecho que les asiste al empleo del mundo y de sí mismos, cuando á ello añaden la idea de ciencia: los efectos nos incumben, pero los medios en modo alguno. El determinar y distribuir pertenecen á quien gobierna y regenta, como el aceptar ambas cosas á la sujeción y aprendizaje. Vengamos á nuestra costumbre. Ordinariamente así comienzan: «¿Cómo aconteció esto?» «¿Aconteció?» habría que decir simplemente. Nuestra razón es capaz de engendrar cien otros mundos descubrien-